

El Otro y el Otro  
(Fragmento)

Susana Tamayo

Estaban esperando y matando el tiempo en la búsqueda de alguna respuesta a su encapsulado problema basado en experiencias personales y en las de sus amigos, conocidos, novias, amantes y prostitutas que cruzan las puertas de su departamento de lunes a domingo en horas de oficina.

Los dos amigos eran vecinos, uno vivía en el doce y el *Otro* arriba, en el veintidós. Compartían los fines de semana para discutir o platicar acompañados, como en comercial de televisión, de tabacos y de las cervezas necesarias para sobrevivir toda la noche. Manteniendo el ritmo de la conversación aguantaban dos o tres días seguidos hablando, luego descansando por pequeños momentos para levantarse al excusado o al refrigerador por otra cerveza.

—Bueno, entonces, ¿qué me dices de tu felicidad, eh?

—Tú la conoces, gira alrededor de una vagina.

—¿Y si no existieran?

—Tal vez de penes conocidos.

—¿Después del sexo qué?

—Fumar marihuana... No: primero fumar y luego el sexo porque, si no, parecería que estoy cogiéndome a un ser humano normal, y yo prefiero sentir que estoy cogiendo con algo, no con alguien. ¿Y tú?

—La comida.

—¿La comida?

—Sí, la comida en cualquier forma: enlatada, para microondas, en puestos y restaurantes, con servicio a domicilio, y si es bufete, mejor: así puedo comer durante horas todo lo que apetezca.

—Supongo que por eso no te estorba esa barriga tuya.

—No está tan grande.

—Nunca lo había notado, pero es cierto, tragas como todo un marrano.

—Tú haces lo mismo siempre que pedimos algo de comer.

—Como tú, jamás.

Los dos tipos allí echados seguían bebiendo, mientras intercambiaban opiniones banales. En uno de esos momentos se escuchó que alguien llamaba a la puerta.

—Está abierto —gritó uno de ellos

La puerta se abrió lentamente y quedó iluminada por una mujer de piel bronceada, que llevaba una falda entallada a medio muslo, zapatos de tacón onda *sixties* y una blusa transparente blanca. Así a contraluz se veía de manera perfecta el sostén negro que de seguro cubría un par de senos perfectos. Su cabello largo rizado lucía mojado de tanta gelatina para peinado.

—Buenas noches —dijo ella.

—Buenas noches —contestaron tartamudeando los dos al mismo tiempo.

La mujer terminó de entrar al departamento cerrando cuidadosamente la puerta y girándose hacia ellos.

—¿Quién eres?

—¿Tienes nombre?

—Tengo el nombre que tú quieras ponerme.

—Vaya, qué mujer —dijo ése que pensaba en marihuana.

Ella siguió avanzando hacia la sala, desabrochando los botones de su blusa.

—¿Aún se preguntan alrededor de qué hay felicidad?

Terminó con los botones. Después, caminó hacia la cocina, abrió el refrigerador y encontró un par de carnes, algunas papas, brócolis y zanahorias. Lo juntó todo en un plato de los que no se rompen. Regresó a la sala y se sentó en un sillón vacío frente a ellos comiéndose las carnes, las papas y las zanahorias.

Los amigos no movían ni un solo músculo de ninguna parte de su cuerpo, simplemente observaban cómo la boca sensual de esa tipa allí sentada desprendía pedazos de carne cruda, pelando los dientes y chupando de las yemas de sus dedos la sangre que también goteaba por su pecho. Al cabo de un tiempo, el panzón sintió náuseas y se levantó corriendo al excusado, donde se quedó encerrado vomitando durante un rato. El *Otro* recorría con los ojos casi desorbitados las alargadas y perfectas piernas cruzadas de la mujer.

—Ya lo tengo: ¿te gusta el nombre de Trigueña? ¿Qué tal Zaira? ¿Tal vez prefieras algo más sencillo como Ana o María?

Ella no contestaba, seguía arrancando la carne, mordiendo las papas, haciendo crujir el brócoli con los dientes, dejando el plato cada vez más vacío. N #